

LA ZOOLOGÍA DE COLÓN

Y DE LOS

PRIMEROS EXPLORADORES DE AMÉRICA.

(CONCLUSIÓN).

— CRUSTÁCEOS —

DECÁPODOS.

I.—BRAQUIUROS.

1.—DECÁPODOS, sp. var.

Cangrejo.—Ov.: *Sum.*, 60; XV, 1.*Langosta*.—Ov.: XV, 1.*Xayba*.—Ov.: XV, 1.—Casas: V, p. 279.

“En amaneciendo aquel lunes vieron muchas más hierbas, y que parecían hierbas de ríos, en las cuales hallaron *un cangrejo vivo*, el cual guardó el Almirante.”—Colón: *Primer viaje*, Set. 17.

“Las hierbas eran muchas y hallaban cangrejos en ellas.”—Íd.: *íd.*, Set. 23.

Los cangrejos que encontró Colón en alta mar viajando sobre la hierba, eran, sin duda, europeos que venían inconscientemente á América, del mismo modo con que se han propagado otras especies. En las Antillas era infinito el número de cangrejos, á los cuales se atribuían grandes cualidades curativas para las dolencias del pecho. Monardes asegura que en las Antillas menores había siempre muchos enfermos alimentándose exclusivamente de los expresados crustáceos.

En contra de estas virtudes medicinales de los cangrejos puede citarse el mal conocido con el nombre de *siguatera*, cuya propagación, desde los tiempos de Oviedo, se atribuye á los cangrejos cuando, con razón ó sin ella, se cree que han comido la fruta del manzanillo.

MOLUSCOS.

LAMELIBRANQUIOS.

I.—ASIFONIOS.

1.—MELEAGRINA MARGARITIFERA; *ostra de perlas*.*Hostia de perlas*.—Herr.: I, 7, 9.

Colón encontró la ostra de perlas el año 1498, en la costa de Paria, en la isla de Trinidad y en la Margarita, cuyos habitantes sabían extraerlas y las usaban como adorno. Trató, según parece, de ocultar á los reyes tan feliz descubrimiento, el más precioso hecho hasta en-

tonces en América, pues lo único que había producido antes algún dinero, era la venta de indios esclavos llevados á Europa. Es inaceptable la afirmación de Casas, que supone que el nombre de Margarita lo puso casualmente el Almirante, antes de saber que allí hubiese perlas ó margaritas. Proponíase con esa ocultación conseguir de los reyes que le cediesen dicha isla y enriquecerse él solo con las perlas. Pero el secreto trascendió bien pronto, no sólo en la colonia naciente de Santo Domingo, sino también en España. Pedro Alonso Niño y Cristóbal Guerra acudieron bien pronto al rico sebo, y además de otros objetos llevaron á Bayona de Galicia ciento cincuenta marcos de perlas, algunas de ellas tan grandes como avellanas. Sus mismos compañeros de navegación los acusaron de haber ocultado perlas, por lo cual fueron reducidos á prisión. En cuanto al Almirante, su deslealtad le hizo gran daño, y fué no pequeña parte para el triunfo que lograron sus enemigos en la Corte, haciendo que los reyes enviasen á Bobadilla á Santo Domingo á inquirir la causa del descontento general.

En Paria, en la pequeña isla de Cubagua, en otros varios puntos de la Costa Firme, en Panamá, y en la llamada isla Rica de las perlas, se encontraron igualmente otras margaritiferas. Los indios las horadaban imperfectamente y las manchaban ó dañaban con el fuego, pues no sabían abrirlas de otro modo. Los españoles comenzaron inmediatamente la explotación de ellas por medio de los indígenas, á quienes sometían á tratamientos crueles, obligándolos á permanecer muchas horas diarias en el agua, por lo cual morían en gran número, ya de enfermedades, ya en las quijadas de los tiburones. Cuenta Casas que un indio esclavo salió del agua huyendo de un tiburón, pero el amo lo obligó á entrar de nuevo en ella, siendo al punto pasto de la fiera.

Entre las perlas más famosas de las primeras pesquerías, merece citarse una de la isla Rica, de peso de diez tomines y de figura de pera, sin mancha de ninguna especie, la cual se remató en \$ 1,200 oro, yendo por trasmano al poder del codicioso gobernador Pedro Arias Dávila; con grave daño, según se dijo, de los intereses del fisco.

Cubagua, isla estéril, fué por algún tiempo un rico emporio de perlas, con una población muy numerosa que tenía que traer los alimentos, y principalmente el agua, de la Costa Firme. Pero tanto allí como en la Margarita, se agotaron las ostras á causa, según dice Herrera, de las descargas de artillería de las flotas que las hacían cerrarse y retirarse á otros lugares. Pero no hay duda que la extinción de tan productivo venero se debió al mal método empleado en las pesquerías, así como á la inhumanidad ejercida con los indígenas.

Casas sostiene que las perlas se forman del rocío del cielo, ávidamente solicitado por la ostra, que en ciertas épocas abre sus conchas en la playa. Así lo aseguraban Megástenes, Plinio, Solino y otros antiguos, y aunque ya en el siglo XVI había quien negase semejante hecho, ni Casas ni la inmensa mayoría de los escritores contemporáneos suyos, podían aceptar nada que disminuyese en lo más mínimo la autoridad de los escritores de la antigüedad.

CEFALOFOROS.

II. — GASTRÓPODOS.

2.—STROMBUS GIGAS; *cobo*, *fofuto*.

“Volviéndose á la nao halló los indios que consigo traía, que pescaban *caracoles muy grandes* que en aquellos mares hay.”—Colon: *Primer viaje*, Nov. 16; en Cuba.

“Más de mil indios flecheros con mucha grita, y sonando unos caracoles gruesos que también se llaman *cobos*, y se oyen desde muy lejos.”—Ov.: XXIV, 7; en Santa Marta.

En toda América usaban los salvajes el cobo como trompeta de guerra. Parece que se llamó *cobo*, de *cavam*, hueco, vacío.

ESPECIES DEL VIEJO MUNDO.

MAMÍFEROS.

SUS; el cerdo.—En su segundo viaje se detuvo Colón en la isla de Gomera, del grupo de las Canarias, del 5 al 7 de Octubre de 1493, durante cuyo tiempo se proveyó de ganados para la expedición. Algunos de sus subordinados compraron *ocho* puercas á razón de sesenta maravedís, ó sea á dos reales de vellón próximamente cada una. Una vez en Santo Domingo se apoderó el Almirante de las puercas, como de hacienda real, para atender á su propagación, por lo cual dió lugar á quejas y reclamaciones de los interesados, que no fueron atendidas hasta varios años después, cuando la cría estaba asegurada. Al rebelde Francisco Roldán le dió, para congraciarse con él, entre otros ganados, veinte puercas, *de lo del Rey*, para empezar á criar.

El aumento en Santo Domingo fué tan rápido, que en 1503, á los diez años escasos de la introducción de la raza, el comendador Nicolás de Ovando arrendó en \$ 2,000 de oro anuales, la caza y explotación de los cerdos silvestres.

Diego Velázquez trajo á Cuba una piara de cerdos, que en tres años se multiplicaron hasta treinta mil, según dice él mismo en su carta de 1º de Abril de 1514. En varias poblaciones de la isla se establecieron grandes *matanzas* de cerdos para proveer á los barcos que salían á descubrir ó á traer esclavos.

De Cuba se mandaron cerdos vivos y salados á los conquistadores del Darien; de Cuba sacaron, Cortés para México y Hernando de Soto para la Florida, los primeros cerdos. Del gran número que llevó este último se escaparon muchos á los bosques, siendo los fundadores de esa útil raza en los Estados Unidos.

No sólo llevaban los españoles cerdos en todas sus expediciones, sino que soltaban algunos en las islas y países á que llegaban, por cuyo medio se propagaron bien pronto en todas las Antillas y en la Costa Firme. Desde el principio se notaron en la raza algunas diferencias: eran más chiquitos, su carne más delicada, y los que se escapaban á los montes se volvían feroces, como verdaderos *jabalíes*, según lo describen Dutertre y Rochefort en las Antillas menores, y Oexmelin en Santo Domingo. Pero en la isla de Cubagua se notó un cambio más asombroso: las pezuñas les crecieron medio palmo hacia arriba, hasta el extremo de dificultarles la locomoción.

Á pesar de la gran fecundidad de esta raza, y de lo bien que le sentó el clima en América, tardó algún tiempo en propagarse en las inmensas comarcas del Continente del Sur. De ahí los precios fabulosos á que al principio se vendían, según narran Cieza y Garcilaso. Una puerca y un cochino compró Jorge Robledo en \$ 1,600, ó sean 1,920 ducados de aquella época; y la puerca sirvió para un banquete. Los lechones se compraban en los vientres de sus madres á \$ 100. Después disminuyó el precio de éstos, que era en el Perú de \$ 10 en 1560, y de \$ 6 á \$ 7 en los primeros años del siglo XVII.

La carne del cerdo se usó en Santo Domingo, desde los primeros tiempos, para alimento de enfermos y convalecientes; lo cual se hizo también en todo el resto de América, no sólo por ser mejor y más delicada que la del cerdo europeo, sino por la carencia de otras carnes mejores. El viajero Thomas Gage tomó un purgante en la Habana en 1625, pero se resistió

á comer el día siguiente carne de puerco, según el médico le mandaba y era costumbre en la ciudad.

CAPRA; la cabra.—Las cabras vinieron á América en 1493, en el mismo segundo viaje de Colón en que vinieron otros representantes de las especies europeas. Se propagaron mal al principio, y luego bien, sobre todo en Quito, donde, dice Herrera, que en catorce meses parían dos veces. En el Perú, según Garcilaso, parían tres ó cuatro cabritos, y aun cita un caso de cinco. Dicho autor las vió vender, á muchos ruegos, por 100 y 110 ducados; y después afirma que no se las apreciaba sino por el cuero.

Ovís; la oveja.—Las ovejas se propagaron con menos rapidez que las cabras. Sin embargo, Herrera cita el caso de Diego Muñoz Camargo, que con dos ovejas llegó á tener cuarenta mil en menos de diez años, en el valle de Atzompan, México. Las primeras que vió Garcilaso fué en el Cuzco, en 1556, que valían á \$ 45 cada una, siendo necesario grandes ruegos para que quisiesen venderlas. En 1560 aún no se pesaban carneros para el consumo en la carnicería del Cuzco. De 1590 en adelante bajó tanto el precio, que los carneros se vendían á ocho y diez reales, y la lana á tres y cuatro reales la arroba.

Bos; el buey.—Ganado vacuno trajo Colón en su segundo viaje, y á su cría y propagación dedicó, como era natural, los mayores cuidados. Degeneró bastante en sus condiciones físicas, pero aumentó extraordinariamente en número, siendo origen de grandes riquezas entre los primeros colonos, por lo cual el rey Fernando V ordenó en 1507 que se llevase á Santo Domingo la mayor cantidad posible de ganado. En tiempos de Oviedo había en América propietarios que tenían treinta y cuarenta mil cabezas de ganado.

Cortés llevó vacas de Cuba á México, y en 1525 mandó por grandes remesas tanto á dicha isla como á las demás Antillas.

En todas las Antillas prosperó extraordinariamente el ganado vacuno, al extremo de hacerse bravo y montaraz. Llenos estaban de toros y de vacas los campos, á pesar de los perros salvajes que entre ellas hacían estragos. Para cogerlas en Cuba y Santo Domingo corrían detrás de ellas á caballo, llevando el jinete en la mano un gran palo ó lanza con una media luna ó desjarretadera de hierro, con la cual herían á la res en el corvejón, dándole en el de la parte derecha si el jinete corría por la izquierda, y viceversa, pues la res se revolvía del mismo lado que se sentía herida, en cuyo caso era segura la muerte del caballo. La carne se perdía, pues la humedad de la tierra, piensa Garcilaso, se oponía á que se hiciese de ella buen tasajo. Pero los cueros eran artículo de comercio. En la flota de 1587 se embarcaron en Santo Domingo, de esa y las otras islas, 35,443 cueros vacunos, y de México 64,350.

En el Perú no se vendían al principio las vacas, pues los que las habían introducido, que fueron varios de los primeros conquistadores, las querían para criar. Cuando empezaron á venderse valían \$ 200, desde cuyo precio bajaron hasta el de 100, en 1554; á 17, en 1559, y á 6 en 1609. La aclimatación fué en algunas partes difícil, pues refiere Monardes que un hacendado llevó trescientas vacas desde la cordillera á las orillas del mar, y en pocos días se le murieron todas.

EQUUS; el caballo.—En el segundo viaje de Colón fueron á Santo Domingo caballos y yeguas, aunque en corto número. En las primeras exploraciones no hicieron gran papel, y aun parece que no se multiplicaban fácilmente, á pesar de los cuidados de Colón y de otros jefes. Una sola vez se mencionan en un encuentro con los indios de Santo Domingo, y ninguna en

las expediciones á Costa Firme, anteriores á Pedrarias. En donde no había caminos ó extensos escampados, no podía el caballo prestar gran utilidad.

En la conquista de Cuba no se menciona más que una yegua traída de Jamaica por Pánfilo Narváez; la cual sirvió de pretexto á una gran matanza de naturales, pues mirando éstos con atención al extraño animal, inspiraron desconfianza y fueron acuchillados.

De la isla de Cuba llevó Cortés á México, en su memorable expedición, once caballos y cinco yeguas. Los indios de esa región, así como los de otras, creyeron á primera vista que el caballo y el jinete formaban un solo animal; creencia que sin duda tuvieron igualmente algunos pueblos de la antigüedad al ver por primera vez hombres montados, siendo ese el origen de la fábula de los centauros. La primera yegua que en un combate mataron los tlaxcaltecas fué causa de gran regocijo entre ellos, paseando en triunfo la cabeza. Cuando después hicieron la paz con los castellanos y oyeron relinchar á los caballos, preguntaron si pedían de comer, y les traían guanajos, acercándose á ellos con la mayor desconfianza, pues pensaban que la sangre que les dejaba el freno en la boca era seguro indicio de que comían animales y aun hombres.

Después llegó Narváez con más caballos, y después otras remesas traídas por mercaderes de Cuba, mediante las cuales pudo Cortés proveer de ese importante elemento de guerra las diversas expediciones que despachó en aquel imperio, la que él mismo condujo á Honduras, y aun remitir diez y siete caballos á Pizarro, cuando éste desde el Perú le pidió auxilio.

Los indios de Mechoacán fueron los primeros de México y de toda América que empezaron á montar á caballo, lo cual alarmó de tal modo á los dominadores del país, que en 1528 vino de España una real cédula prohibiendo, bajo pena de muerte, que se vendiesen á los indios caballos ni yeguas. Dicha orden se reiteró en 1530.

Era tan crecida la extracción de caballos que se hacía en Cuba para México, el Perú y otras partes, que llegó á prohibirse bajo las más severas penas. Pero el tráfico continuó, y era tal la abundancia, dice Garcilaso, que en 1538 había muchos vecinos en la isla que tenían veinte, treinta y hasta cincuenta y sesenta caballos en sus caballerizas. Hernando de Soto llevó 350 á la Florida, el más crecido número que antes se había visto, ni después se vió, en las expediciones de América.

Á juicio del autor citado, ó del que le dió los datos para su historia de la expedición á la Florida, los caballos de Cuba, no sólo por lo abundantes, sino también por lo buenos, podían llevarse á España como buena granjería en las naves que regresaban casi vacías. Celébranse también por buenos, desde aquellos primitivos tiempos, los de Jamaica, Buenos Aires, Perú, y sobre todo, los de Nicaragua, que eran tenidos como los mejores.

En los lugares quebrados y en los cenagosos era en extremo difícil el paso de los caballos.

En su expedición á Honduras perdió Cortés sesenta y ocho caballos despeñados, y en otras partes tuvo que recurrir á diversas estratagemas para impedir que se hundiesen en el cieno. En el Perú, Pedro de Candia, durante una expedición, tuvo que izar los caballos á una altura por medio de aparatos improvisados al efecto.

Según Oviedo, los llevaban por el mar y por los ríos en dos barcas amarradas á lo largo, y de tal modo dispuestas, que los dos pies delanteros del animal iban en la una y los dos traseros en la otra. Después, según Torquemada, se hicieron embarcaciones especiales para ese transporte, las cuales eran de treinta, de cuarenta, de á cien caballos según su tamaño, y aunque se dedicasen á otro tráfico. Anticipación curiosa de las designaciones aplicadas á la cábida y fuerza actual de los barcos de vapor.

Era natural que tan preciado animal alcanzase precios fabulosos. Á veces entre dos soldados se procuraban uno para usarlo en común, como sucedió en algunos de los que fueron á

México. En Chile se vendieron á mil pesos oro; en México, á dos mil; en el Perú, á cuatro, cinco y seis mil, fuera de muchos casos en que subían más en la venta, y de otros en que sus dueños no los vendían por ningún precio, que era lo más usual en el Perú. Refiere Garcilaso que un caballero ofreció á otro diez mil pesos por un caballo ricamente enjaezado y por el esclave que se lo llevaba de la brida. No fué aceptada la propuesta porque el amo quería concurrir montado á la batalla que iba á darse aquel mismo día; y por cierto que en ella le mataron el caballo.

En el Perú, al contrario de lo acaecido en Mechoacán, duró mucho tiempo el miedo á los caballos, hasta el extremo que sólo compelidos por sus amos se acercaban los indios á cuidarlos, y ninguno de éstos aprendió nunca el oficio de herrador. Garcilaso, que permaneció en el Perú, su patria, hasta 1560, esto es, hasta más de treinta años después de la llegada de los españoles, afirma que nunca llegó á ver un indio montado á caballo, y que sólo llevaban de la brida á los que eran muy mansos.

Cuando los primeros pobladores de Buenos Aires, acosados por el hambre, abandonaron en 1536 la ciudad, y se internaron hacia el Paraguay, dejaron abandonados cinco yeguas y siete caballos. En 1580, cuando volvió á poblarla Don Juan de Garay, halló una cantidad crecidísima de caballos silvestres, de los cuales se apoderaron los nuevos vecinos, dando lugar á reclamaciones del Fisco, que pretendía para sí todos esos animales; pero la Audiencia de la Asunción falló en 1596 que pertenecían á los conquistadores que los cogieran.

El tráfico de caballos de España para las Indias tropezó al principio con una grave dificultad. Embarcábanse con preferencia yeguas, para facilitar la cría; pero enfermaban y morían casi todas durante el trayecto de Cádiz á Canarias, y había que echarlas al mar en el lugar desde entonces conocido entre los marinos españoles con el nombre de *Golfo de las yeguas*. Al cabo, una especie de adaptación posterior á las nuevas condiciones de clima y al cambio de vida, hizo que cesase la mortandad de los animales embarcados, y el tráfico tomó incremento á tiempo que ya era considerable la propagación en los nuevos países.

ASINUS; el *asno*.—No hay noticia de cuándo vinieron los primeros asnos; pero no tardó mucho en haberlos en México, porque vino una real cédula prohibiendo el uso de los mulos, á fin de fomentar la cría caballar pura. En 1557 un conquistador del Perú, Garcilaso de la Vega, padre del cronista, compró en Guamanga, por 480 ducados, un asno que en España no valía más de seis. Gaspar de Sotelo compró poco después en Zamora otro asno en 840 ducados.

CAMELLUS; el *camello*.—Juan de Reinaga, caballero bilbaino, llevó al Perú seis camellos hembras y uno macho, los cuales vendió á Juan Portocarrero en siete mil pesos. No se sabe que se introdujeran otros; pero la raza se extinguió bien pronto y no ha vuelto á introducirse.

CANIS; el *perro*.—El primer perro europeo que se menciona en América es uno de que se sirvió Colón en Jamaica, en 1494, como auxiliar poderoso y decisivo en una refriega con aquellos indígenas. Después se mencionan otros que entraron en la batalla librada por el Almirante en la Vega de Santo Domingo. Oviedo afirma, sin embargo, que los perros europeos llevados en el segundo viaje no tardaron en desaparecer, comidos por sus mismos amos, después de haber éstos concluido con los perros domésticos indígenas. Pero si ese hecho es cierto, no tardaron en venir nuevos perros, porque se sabe que desde el principio, y sin interrupción, se usaron en la guerra, dando testimonio los cronistas de que para ciertas expediciones era más apreciado un perro que diez y hasta que cien españoles. Cítanse especialmente uno

INSECTOS.

BLATTA; la *cucaracha*.—En la América del Norte se han encontrado cucarachas fósiles; pero á pesar de eso parece que no existían como especies vivas en tiempo de la conquista, al menos en las regiones exploradas por los españoles. Ninguno de los cronistas las menciona, menos Oviedo, para decir que vinieron de España, y Bernal Díaz para decir que iban á México en el mismo buque que á él y á sus compañeros llevaba. Los dos insectos que describe Sahagún con el nombre de *cucarachas*, uno tenía figura de hormiga grande, y el otro, aunque con alas, era ponzoñoso y acudía de noche á la luz de la vela; rasgos que no convienen á la *Blatta*.

“Dicen algunos que éstas no las había en esta ciudad de Santo Domingo ni en esta isla de Haití ó Española, sino que vinieron de España con las cajas de los mercaderes; y así hay muchas en todas las partes que en estas Indias hay *poblaciones de cristianos*.” Tales son las palabras de Oviedo: XV, 5. En vista de ellas y del silencio general de los demás exploradores sobre un animal que de existir en América no hubieran dejado de citarlo, parece seguro creer, hasta que no existan más datos, que ese nocivo género vino de Europa en los buques de los conquistadores.
